

LA JUVENTUD DE DON MIGUEL ANTONIO CARO

Por don VICTOR E. CARO

(Fragmento.)

Para hablar de la juventud de mi padre, y de sus amigos de entonces, he evocado el recuerdo que tengo de los recuerdos que él tenía de aquella época, he releído algunas cartas viejas y he dejado correr la pluma: mi conciencia ha quedado aliviada.

Y desde este momento dejaré de llamar a mi padre "mi padre" para decirle familiarmente Miguel Antonio y mirarlo con los ojos con que él me miraba a mí, porque voy a hablar de un joven y yo soy viejo: los papeles se han invertido.

El doctor Miguel Tobar, jurisconsulto profundo y humanista verdadero, vivía, en la época a que me refiero, completamente retirado de los negocios públicos y disfrutaba, si no me equivoco, de una pequeña pensión.

Tenía setenta años. Había sido procurador general de la nación, magistrado de la Corte Suprema de Justicia, y muchas veces diputado a los congresos y convenciones constituyentes. Hombre de pensamiento y de estudio, pasaba largas horas en su biblioteca, que para aquel tiempo era espléndida, rica en obras de legislación y de derecho y en ediciones de clásicos latinos. Allí recibía a algunos muchachos que iban a que les repasara la lección de latín; a la gente sencilla del campo con quien gustaba conversar, y a sus viejos amigos, como don Joaquín Mosquera, don Lino de Pombo y don Ignacio Gutiérrez.

Miguel Antonio, escondido bajo el escritorio de su abuelo, oía aquellas sabrosas conversaciones, las grababa en la memoria como infantil cronista y las recordaba y repetía con fidelidad y encanto en su vejez, en sus pláticas de sobremesa.

Tenía el doctor Tobar inmenso afecto a sus nietos, especialmente al mayorcito, a quien enseñó las primeras nociones de castellano y de latín y las primeras reglas de la versificación, y a quien fue conduciendo como de la mano por los campos de la historia y de la tradición oral. "A mi abuelo le debo lo poco que sé", dijo don Miguel Antonio en uno de sus grandes discursos en 1903. Es lo cierto que lo que el doctor Tobar no pudo enseñarle, se lo transmitió por medio de los maestros del niño, con quienes celebraba largas conversaciones, con lo cual no hacía otra cosa, según su expresión, que dar la medicina a las burras para que saliera en leche.

Don José Eusebio Caro permaneció en los Estados Unidos cerca de tres años, consagrado a la enseñanza, al estudio y a la meditación. Siento no disponer ahora de tiempo para poner aquí algunas de las cartas que escribió entonces a su esposa, las cuales son, más que obras de arte, obras de alma, y preciosas, por otra parte, como documentos psicológicos, por la luz que arrojan sobre la gallarda personalidad del autor. En 1853, habiendo cambiado las circunstancias que motivaron su expatriación, regresaba el proscrito a su tierra: al desembarcar en Santa Marta, una rápida y mal definida enfermedad lo arrebató a la vida.

Hay hombres de naturaleza volcánica, que están destinados a ser poetas y a morir jóvenes: la intensidad de su vida interior y el fuego excesivo de sus sentimientos, el desarrollo desproporcionado de las facultades afectivas, producen en ellos un prematuro y violento desequilibrio, una descompensación dolorosa y un rompimiento fatal. Don José Eusebio perteneció a esta estirpe. El autor de "Childe Harold", al serle presentado una vez, en un hotel de Suiza, el registro en que los viajeros consignaban su nombre y su edad, escribió: "Lord Byron, cien años...", y no tenía treinta. Ese fue el drama de Caro.

Su muerte produjo en el país una conmoción profunda. Lo que ese acontecimiento fue para los suyos, quis verbis exprimere audeat? ¿Qué palabra humana puede decirlo?

Miguel Antonio y Eusebito, pasados los primeros días de estupor, fueron internados por pocos meses en el Colegio de la Yerbabuena, que dirigía don Juan Antonio Marroquín, quien había sido compañero, en la Secretaría de Hacienda, de don José Eusebio, cuando éste, bajo la primera administración Mosquera, había emprendido la reforma de los métodos de contabilidad oficial que entonces prevalecían.

Al año siguiente la educación de los niños fue confiada a un ayo inglés, Mr. Thomas Jones Stevens, de la Universidad de Oxford, profesor católico de primeras letras y naturalista de afición. Mr. Stevens vivió en la casa del Carmen, donde disfrutaba de consideraciones especiales y tenía para su exclusivo servicio un criado y un caballo. Allí murió muy cristianamente el buen cazador de mariposas en 1855. Los Caros pasaron entonces por dos colegios de un carácter muy original: el de doña Sixta Pontón, viuda del general Santander, instituto semi-conventual para niños y niñas, que tenía su asiento en la vieja casona donde murió el Hombre de las Leyes, hoy Hotel Regina; y el que por los lados de La Capuchina regentaban el militar bogotano don Antonio B. Cuervo y el clérigo venezolano don Antonio José de Sucre, sobrino del Mariscal de Ayacucho, personajes ambos que, a haber sido españoles, hubieran figurado en los "Episodios nacionales" de Pérez Galdós. De aquellos planteles salieron los Caros con pocos conocimientos, pero con dos buenos amigos: Gonzalo Mallarino y Rufino José Cuervo.

En 1858 el gobierno de don Mariano Ospina entregó a los jesuitas el edificio de San Bartolomé. Los cursos se abrieron en febrero de 59, en un ambiente de alegría, y los muchachos aceptaron de buen grado hasta el dulce de piña que no les rebajaban en la comida, especialidad del hermano Rojitas. Miguel Antonio, con sus condiscípulos de las clases superiores, tuvo por maestros al padre Vicente M. Fernández, colombia-



no, muy joven, que cantó ese año su primera misa; al padre Fonseca, gran retórico, y al padre Proaño, ecuatoriano, buen matemático. Miguel Antonio, Bernardo Herrera y José María Roche se disputaron durante dos años la jefatura de las huestes de Roma y de Cartago, y ocuparon en las clases, desde el principio, los primeros puestos. Miguel Antonio obtuvo el primer premio en cuatro asignaturas: gramática castellana, gramática latina, versificación castellana y versificación latina. Era, además, uno de los primeros en los juegos: el que saltaba más alto a pie junto, y el único que al lanzar una piedra con la mano lograba hacerla pasar por encima de la torre de San Carlos, hoy San Ignacio.

Al ser expulsados los jesuitas en 1861, Miguel Antonio y Eusebito volvieron a su casa, que poco antes había sido nuevamente visitada del Señor: el doctor Tobar había muerto; una noche se había retirado a su cuarto, sin novedad particular, y se había dormido para no despertar más. Pocos días antes se había confesado, y lo había hecho en latín para poder expresarse con mayor libertad y en voz alta. La muerte de aquel anciano ilustrado y bondadoso fue para Miguel Antonio uno de los dolores más grandes de su vida y su recuerdo el que después, con mayor frecuencia y cariño, evocaba. Tantas veces le oí hablar de él, que tengo la impresión de haberlo conocido. Y en realidad lo conocí, porque es lo cierto que el niño, sin mengua de su personalidad original y vigorosa, se formó a la imagen y semejanza de su abuelo. El espíritu y el carácter, la ciencia y los hábitos del hombre sabio y bueno encarnaron en su nieto y de tal modo se grabó en éste la marca de la fisonomía moral de aquél, que puede asegurarse que en cierto modo el doctor Tobar vivió casi hasta nuestros días. Lo que don José Eusebio decía de su padre, lo pudo decir don Miguel Antonio de su abuelo, cambiando ligeramente un verso:

Y un pensamiento extraño me ha venido,
que no sé si me aflige o me consuela;
y es que vives aún, abuelo mío,
y andas con otro nombre por la tierra;

que estás resucitado y transfundido;
que en otro ser te mueves, hablas, piensas;
¡que ése soy yo!, ¡que somos uno mismo!,
¡que tu existencia ha entrado en mi existencia!

Miguel Antonio estudiaba porque presentía que no estaba lejos el tiempo en que había de librar recias batallas, y el joven paladín velaba en la soledad y se preparaba para la lucha en la sombra. No ha habido talvez entre nosotros, si exceptuamos a Cuervo, un lector más formidable que aquel mozo de diez y siete años, que quería saberlo todo, averiguarlo todo y entenderlo todo. La biblioteca del doctor Tobar pronto fue insuficiente para su insaciable curiosidad intelectual, y nuevos libros pedidos a España, a París, obtenidos en Bogotá, empezaron a llenar los estantes, después de leídos y anotados. El doctor Hoyos, notario público, tenía fama de haber formado una buena librería. Allá cayó Miguel Antonio y logró que el viejo le cediera o vendiera una buena ancheta de obras que llevan en su primera página, en gruesos caracteres, este curioso letrero: "Soy del doctor Francisco José de Hoyos." Teología, Filosofía, Historia, Literatura, Derecho, Finanzas... Cuántos libros y cuántos autores no pasan entonces bajo aquellos ojos de miope que todo lo ven, que leen dos páginas a un tiempo, y por aquellas manos de aristócrata que no dan paz al lápiz y la pluma. Y todo se ordena en el cerebro del muchacho que estudia y lee sin descanso, pero con método, siguiendo un plan establecido, con un objeto claro y preciso.

Miguel Antonio ha cumplido veinte años. Es un joven delgado, de aspecto distinguido, tiene las manos blancas, romana la frente, los cabellos ensortijados, se expresa con animación y gracia y se ríe con una risa de niño, fresca y espontánea. Los amigos que lo visitan empiezan a hablar de su mucho saber, de sus labores de erudito, de su hermosa letra española y de sus cajas de rapé. Algunos conservadores le instan para que concurra a juntas de carácter político, pero Miguel Antonio se excusa: la política no le atrae por el momento. Además, Caro estima que para regenerar el país es preciso ir al fondo de las



cosas y buscar la raíz del mal. Hay que empezar por restituir a Dios en las iglesias y en las escuelas y por echar de los colegios a dos intrusos —Bentham y Tracy— que instalados en ellos con más o menos fortuna desde los primeros tiempos de la república, envenenan a la juventud con sus doctrinas disolventes. Ese es el camino y esa la línea de conducta que se traza. A esa doble campaña santa dedica el brioso paladín sus intactas energías y sus brillantes facultades, y pelea la buena batalla predicando con el ejemplo, con la palabra y con la pluma, y desde que cumple veintitrés años, enseñando la sana filosofía en el colegio mismo del Rosario, último reducto de don Jeremías Bentham.

En la mente de Caro bullían entre tanto, otros proyectos: soñaba con la fundación de un gran colegio católico, de un gran periódico católico y de un gran partido católico, anhelos, estos dos últimos, que vinieron a realizarse en “El Tradicionalista”.

La educación intelectual de la juventud adolecía entonces de graves defectos: en los colegios por donde ha pasado, Miguel Antonio ha podido palpar sus deficiencias y lagunas; ha meditado este problema y se ha convencido de que la instrucción, para que sea sólida, debe basarse en las disciplinas clásicas que tan admirables resultados han dado siempre en los países civilizados. Para remediar los males que existen empieza desde 1865 a preparar con Cuervo una gramática latina, en la cual éste escribe la analogía y Caro la sintaxis, que, aunque me pese decirlo, es la parte original y nueva de aquel texto tantas veces reimpresso.

Al par que lleva de frente con el entusiasmo que pone en todas sus cosas, esta campaña moralizadora y educacionista, se entrega Miguel Antonio, en la paz de sus horas silenciosas, entre su madre y su hermana, a sus aficiones favoritas, a los estudios que forman sus delicias, a la lectura de Cervantes, de Calderón, de los clásicos del siglo de oro, campo inagotable en bellezas de toda especie; a las investigaciones filológicas, para las cuales está dotado —y ésta no es opinión mía— de una

finísima intuición y de un oído superagudo; y a la interpretación de los poetas ingleses y latinos. A los veinte años, según lo escribe el padre Proaño, tiene ya traducido en octavas reales el Canto II de La Eneida, y fragmentos de las Geórgicas, y ha empezado a redactar en latín, en su mejor letra, su monumental Comentario Virgiliano; al mismo tiempo acopia materiales para un trabajo de gran aliento que trae entre manos, cuyo objeto ilustraré con un ejemplo: en las revistas para niños suele haber una lámina que representa un bosque intrincado; debajo dice: “Buscad al pastor, buscad las ovejas.” Pues bien, esto era precisamente lo que trataba de hacer Miguel Antonio: hallar al pastor y las ovejas, y los héroes, y los dioses, y las imágenes y pensamientos de Virgilio, a través de la selva de poetas de distintas nacionalidades, posteriores al siglo de Augusto, y formar catálogo de aquellos lugares en que la inspiración y la influencia virgiliana se refleje de alguna manera. Rompecabezas colosal, obra magna, que revela en su autor un conocimiento perfecto del poeta latino y un caudal inmenso de lecturas.

Si Virgilio fue para Caro, como para el Dante, un maestro y un guía, Horacio, de quien en 1865 tiene ya traducida la epístola a los Pisones, ocupa en las predilecciones del poeta bogotano un lugar menos alto pero más íntimo: es el compañero de todas las horas de la vida. Para pintar lo que fue aquella amistad me basta referir un hecho. En una época posterior a ésta de que hablo, época en que Caro y sus copartidarios se habían hecho blanco de persecuciones oficiales, dos amigos se presentaron una mañana en la casa de aquél a avisarle, para que se escondiera, que de palacio se había dado la orden para prenderlo y que no debía tardar el pelotón encargado de ejecutarla. Miguel Antonio, que ya era el señor Caro, pidió su sombrero y su sobretodo, puso rapé en su caja de oro y se echó al bolsillo un pequeño ejemplar de Horacio. Ya podían conducirlo a la cárcel, no estaría solo: su mejor amigo lo acompañaba.

No quiero terminar estos apuntes sin consagrar un re-

cuerdo a un gran caballero inglés, que fue huésped de honor en Colombia y amigo incomparable de Miguel Antonio: me refiero a Mr. Samuel Start Bond Schollar, de la Universidad de Cambridge, helenista insigne, elegante y fácil versificador latino y erudito verdadero en muchas disciplinas. En 1861 se encontraba en Bogotá; Miguel Antonio, que acababa de salir del colegio de los jesuitas, queriendo refrescar sus conocimientos de inglés, idioma que ha olvidado bastante desde la muerte de Mr. Stevens, el bachiller de Oxford, toma clase con Bond, el de Cambridge. La afición, o mejor dicho, la pasión de maestro y alumno por la poesía latina y por la divina lengua de los romanos, los une en una amistad estrechísima y en un afecto profundo.

En 1862, Mr. Bond, en la lucha por la vida, que fue para él muy dura, parte para Antioquia, donde se consagra a la enseñanza; desde ese año hasta el de 1869, de dondequiera que se halla dirige a su "Dear Miguel Antonio" cartas sobre cartas. Al iniciarse aquella correspondencia, Bond tenía cerca de 50 años; Miguel Antonio no había cumplido veinte; aquí es un grave humanista de la Universidad de Cambridge; éste, un muchacho que apenas ha pisado los colegios, y sin embargo, con qué afectuosa deferencia trata el inglés al bogotano, con qué sinceridad le dice: "I shall be proud one day of having known you" (algún día me mostraré orgulloso de haberte conocido).

Miguel Antonio contesta sus cartas con el mismo afecto; en ellas le da noticias sociales y políticas, le incluye su última composición poética, y le acompaña los pliegos de la gramática latina, a medida que van saliendo de la imprenta. Bond recibe aquellas tiras, las lee y estudia con deleite, las comenta con gran erudición, y se las pasa a su hijo Sam para que las aprenda de memoria. Al recibir el último pliego, escribe a su amigo: "¿Sería una extravagancia que usted publicara un libro de ejercicios como complemento de su gramática? Eso me daría más esperanza de su tierra que la mejor ley que Murillo & Co. fraguaran en toda su vida." No puedo negar que este

breve juicio me satisface más que el muy honroso informe que sobre la gramática latina aprobó unánimemente la más ilustre corporación que tienen las letras castellanas.

Han pasado los años. Miguel Antonio tiene veinticinco y ha ensayado ya sus armas y sus fuerzas. Ha concurrido al Congreso, como suplente por Cundinamarca, por ausencia o enfermedad del principal, Rafael Arboleda. Por cierto que en esas sesiones, con sorpresa de algunos conservadores, apoyó decididamente una ley de orden público que propendía a estabilizar la paz, y por consiguiente a afianzar en el poder el predominio de un partido que no es el de sus simpatías. Ha dirigido también, como queda dicho atrás, un pequeño periódico —La Fe— que tuvo corta vida, pero que en las cuestiones que interesaban a la patria y a la religión, dijo lo que debía decir, con oportunidad y firmeza, en forma noble y lenguaje cervantino. Mr. Bond sabe todo eso, y sabe también, y es cosa que le interesa mucho más, que su amigo, sin dar de mano a su traducción y comentario de Virgilio, que va tomando cuerpo, ni a otros estudios sobre Horacio, Catulo y Ovidio, ha empezado a desarrollar, por escrito, una teoría original que tiene de años atrás sobre el gerundio latino, en relación con el castellano, en el cual se aparta de los fundamentos sentados en esa materia por Bello, Baralt y los preceptistas y gramáticos españoles. Por aquel opúsculo que se titula el "Tratado del participio", su joven autor será llamado a formar parte de la Academia Española en calidad de correspondiente, puesto que puede calificarse de cardenalicio en la jerarquía literaria.

En el año de 1869 Mr. Bond se traslada con su familia a Bogotá, donde habrá de residir en adelante. La maravillosa correspondencia queda terminada. Una de las últimas cartas concluye con esta frase, que es como un tema musical muchas veces repetido en diferentes tonos: "En fin, Miguel Antonio, vivo con la esperanza de volverlo a ver."

Con estas palabras, que son el grito constante de mi corazón, pongo punto a este capítulo de la vida de mi padre, vuelvo a mi papel de hijo, y me despido de mis benévolos lectores.